

Miscelánea

Biblioteca comentada

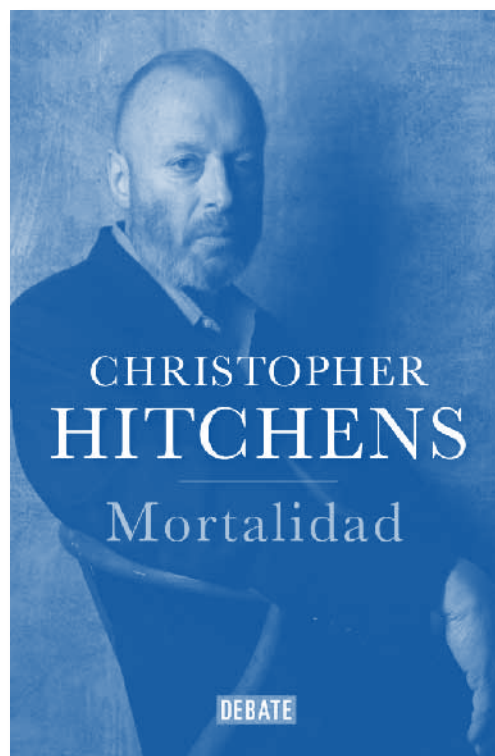
MORTALIDAD

Christopher Hitchens (2012).

Debate, Barcelona.

No hace mucho en *“Las enfermedades de Sísifo”* dediqué un capítulo a Harold Brodkey y a su libro *“Esta salvaje oscuridad”*, de igual manera que lo hice con *“Crónicas del linfoma”* de José Comas. En estos libros hay un denominador común: se realiza una crónica de las enfermedades de sus autores (sida y linfoma no hodgkiniano). Otra cosa une a Brodkey y a Comas, con todos los matices que se quieran introducir: a ambos les sorprende la enfermedad cuando están en la cúspide de sus respectivas carreras, uno como literato y el otro como periodista. Así de cruel es la enfermedad que espera agazapada para dar su terrible zarpazo en el momento más inoportuno. Cuántos ejemplos podríamos poner, extraídos de cualquier momento de la historia de la humanidad.

El lector de esta reseña se preguntará a qué viene este exordio, creo que hay una explicación. ¿Cuál? La aparición en castellano, poco tiempo después de la edición norteamericana, de *“Mortalidad”*, un libro en el que Christopher Hitchens (1949-2011) aborda su enfermedad -cáncer de esófago- desde que le comunican el diagnóstico hasta prácticamente el final de sus días. El diagnóstico le llega a los 61 años de edad y cuando está en plena campaña de presentación de sus celebradas memorias: *“Hitch-22. Confesiones y contradicciones”*; por estos motivos emparentamos a Hitchens con



Brodkey y Comas, aunque aprovechamos para desear que el libro de este último autor sea traducido a otras lenguas como los de los otros dos han sido traducidos a la nuestra. El libro de Comas no tiene nada que envidiar a los de estos autores. Pero a lo que vamos.

La lectura de *“Mortalidad”* de Christopher Hitchens nos trae a la mente la diafanidad de Montaigne en sus ensayos y la radicalidad de Mark Twain en obras como *“Cartas desde la tierra”*. El lector avisado sabe perfectamente que Hitchens no es un escritor cómodo, ahí están sus escritos que ponen en el punto de

mira a Henry Kissinger, George Bush (padre), Bill Clinton o a la madre Teresa de Calcuta. Sus libros y artículos en *"The Nation"* o *"Vanity Fair"*, por ejemplo, han levantado ampollas en los medios intelectuales norteamericanos y también en sectores conservadores o entre predicadores y evangelistas. Recordemos aquí obras como *"Amor, pobreza y guerra"*, *"Dios no es bueno"* o *"Dios no existe"*, que en algún aspecto lo pueden emparentar con *"Por qué no soy cristiano"* de Bertrand Russell.

Hitchens en *"Mortalidad"*, libro publicado en parte previamente en *Vanity Fair*, realiza una profunda reflexión sobre la vida, la muerte y la enfermedad. Podemos pensar que al escribir estas páginas -al encontrarse en el borde del precipicio o a punto de cruzar la frontera o como suelen decir otros estar a punto de abandonar ese breve periodo de luz entre dos grandes apagones- aprovecha para edulcorar su ateísmo y ganarse el cielo y sobre todo el perdón de los predicadores; todo lo contrario, Hitchens aprovecha estas páginas para reafirmar su pensamiento esencial; el dolor, la enfermedad y la muerte cercana no le hacen abdicar de sus ideas. El cáncer de esófago y las neumonías parecen afianzarlo en un ateísmo beligerante y en otras convicciones. Hitchens se va muriendo día a día, pero sigue provocando como hizo toda su vida. Claro que en esta tarea encuentra estímulo y acicate en algunos fieles que relacionan la enfermedad del escritor con un castigo divino. Parece mentira pero aún hay personas en el mundo que se alegran de que una persona padezca una enfermedad terminal y que siguen relacionando el binomio persona enferma/persona pecadora. A Hitchens le llegaron a escribir cosas así:

"sí, seguid creyendo eso, ateos. Va a retorcerse de agonía y dolor, y se marchitará hasta desaparecer y tener una muerte horrible, y después viene

la verdadera diversión, cuando vaya al fuego infernal y sufra eternamente la tortura y el fuego".

Nada más y nada menos estos eran los deseos de algún creyente y ferviente defensor de la palabra de Dios. Claro que todo esto era gasolina o combustible para alimentar la vocación de polemista y de provocador de este escritor de origen británico; sólo le hacía falta padecer en sus carnes estos deseos inspirados en la antigua teurgia asirio-babilónica, y que lamentablemente aún hoy están muy enquistados entre nosotros, para que escribiera lo que sigue:

"Existen numerosos pasajes de los textos sagrados y la tradición religiosa que durante siglos convirtieron este tipo de regodeo en una creencia generalizada (...). En primer lugar, ¿qué mero primate está tan condenadamente seguro de que puede conocer la mente de Dios? En segundo lugar, ¿este autor anónimo quiere que sus opiniones sean leídas por mis hijos, que no han cometido ninguna ofensa y también están pasando un momento complicado, gracias al mismo dios? En tercer lugar, ¿por qué no lanzar sobre mí un rayo, o algo así de imponente? La vengativa deidad tiene un arsenal tristemente empobrecido si todo lo que se le ocurre es exactamente el cáncer que mi edad y anterior "estilo de vida" indicarían que podría tener. En cuarto lugar, ¿por qué el cáncer? Casi todos los hombres contraen cáncer de próstata si viven lo suficiente: es algo indigno, pero está distribuido de manera uniforme entre santos y pecadores, creyentes y no creyentes. Si uno sostiene que dios asigna los cánceres adecuados, también debe contar la cantidad de niños pequeños que mueren de leucemia. Personas devotas han muerto jóvenes y con dolor. Bertrand Russell y Voltaire, se mantuvieron en activo hasta el final, al igual que muchos criminales y muchos psicópatas. Esos castigos, por tanto, parecen tremendamente azarosos (...)".

Hay católicos, en cambio, que rezan por el escritor; pero tampoco esto lo deja tranquilo y relaciona el binomio, o como diría un matemático las variables, oración/curación; por eso, con ironía, saca a relucir ciertos estudios estadísticos sobre el tema; por medir y buscar correlaciones parece que hay quienes son capaces de someter sus hipótesis de investigación mezclando a Dios, la moral y la supervivencia de la persona enferma. Al leer estas páginas me he acordado de Javier Krahe, a pesar de mi admiración por los que emplean la metodología cuantitativa, cuando dice aquello de que es triste y es tétrico someterlo todo al sistema métrico.

Christopher Hitchens parece que con este libro quiere *“hacer la muerte en voz activa”* hasta el final, por eso no faltan metáforas de todo tipo que lo ponen creemos bajo el paraguas de la influencia de Susan Sontag, me refiero aquí a su inolvidable libro *“La enfermedad y sus metáforas”*. La célebre escritora norteamericana afirmaba aquello de que *“la enfermedad es el lado nocturno de la vida, una ciudadanía más cara”*, por eso quizás Hitchens habla de *“Villa Tumor”* y de *“Villa Bien”*. Cuánta razón tenía Antonio Machado cuando decía que se canta lo que se pierde; pero a veces puede pasar que Villa Bien se infiltre en Villa Tumor o viceversa. Todo es muy complicado. Todo depende de cómo a cada uno le vaya en la vida. El caso es que Hitchens, reeditando las ideas de Sidney Hook, no quiere yacer cómodamente en *“tumbas de colchones”*, y se revuelve como don Quijote regalando al personal lúcidos mandobles.

Hay otra cuestión. A lo largo de las páginas de este pequeño gran libro flota otra pregunta esencial: ¿hasta dónde puede aceptar un ser humano para seguir viviendo? Es una pregunta por la que sin duda merece la pena leer las reflexiones de este notable ensayista y pole-

mista. Otro aliciente para leer el libro: ¿qué es mejor estar muerto o soportar el calvario de los efectos secundarios de la radioterapia? Así como meditar sobre lo que pueden ayudar o no, en esta guerra contra la enfermedad, los analgésicos. Se pueden encontrar unas cuantas páginas memorables en las que el escritor realiza una correlación entre pinchazos y dolor; extraer sangre para los análisis una y otra vez, un día y otro día, con enfermeras, técnicos o *“flebotomistas”* más o menos avezados, que a veces hurgan hacia arriba y hacia abajo para encontrar la vena. Pinchazos que provocan dolor y pinchazos que lo suprimen porque introducen en el cuerpo un analgésico, que a la vez dejan a la persona a merced de una nueva dependencia. Cómo recuerdan estas páginas a Harold Brodkey y a aquello de que *“la aguja ha reemplazado al beso”*. Por eso quizás Hitchens tampoco se olvida de reflejar en su libro la tendencia de la medicina moderna a recurrir a los eufemismos, como por ejemplo en aquello de *“equipos de gestión del dolor”*. O como con esos kit de respiración que bastan y sobran *“para hacer que me sientan críticamente enfermo”*.

El premio Nobel Harold Pinter escribió un poema manifestando su voluntad de luchar contras las células cancerígenas, aun sabiendo que podía perder la batalla; Christopher Hitchens escribe: *“No lucho ni combato contra el cáncer, él lucha contra mí”*. Son formas de expresar el mismo asunto, aunque se sepa de antemano que no se va a sobrevivir a la tarjeta de American Express, el que la tenga. En estos libros tan intensos, el humor se agradece siempre, y creo que por eso Hitchens salpica el suyo con las dosis justas y necesarias que permiten al lector llegar hasta el final.

En *“Mortalidad”* se refleja un hecho más: la burocracia en *“Villa Tumor”*; por las mañanas hay que acudir a los abogados y por las tardes a

los médicos. No sé por qué pero “*Villa Tumor*” se parece mucho al famoso Castillo de Franz Kafka. Si el tumor mata, morirá, “*pero parece muy decidido y determinado en su propósito*”.

Genio y figura hasta el final, altivo y provocador, Christopher Hitchens escribió que si se convertía sólo sería porque es preferible que muera un creyente a que lo haga un ateo. No soy nadie para interpretar sus ideas, pero

pienso que Hitchens más que combatir a la religión luchaba contra la superstición, el odio y el fundamentalismo, y utilizó su enfermedad como ariete, por eso creo que hay que leer este gran libro que por cierto rebasa escasamente el centenar de páginas.

Francisco Herrera Rodríguez

Universidad de Cádiz.

MI EXPERIENCIA DE LEER EL LIBRO: LAS REBELDES

Cuando recibí el libro *Las Rebeldes*, enseguida me interesé en él. Sentí que reunía una serie de elementos cercanos: era historia, era enfermería, se ocupaba de las relaciones entre diferentes culturas y sucedía en la frontera entre Estados Unidos y México, un país al que me unen muchos nexos profesionales y personales.

Mónica Lavín, alrededor de tres mujeres que constituyen el tejido central de la obra: Leonor Villegas de Magnón, Educadora y Presidenta de la Cruz Blanca Constitucionalista; Lily Long, esposa de George, médico; y de una supuesta periodista que se une al grupo de voluntarias, Jenny Page; reconstruye la participación entusiasta de ellas, y otro grupo de mujeres que se fueron uniendo a la causa revolucionaria en la época de Venustiano Carranza, y quienes fueron factor decisivo para que pudiera llegar el momento del desfile de los Constitucionalistas, encabezados por el Gran Jefe, por las calles de la capital mexicana, el día 20 de agosto de 1914.

En los primeros capítulos no entendí mucho el mensaje que traía, pero a medida que leía el libro iba captando plenamente el porqué



del surgimiento de la obra. Leonor Villegas realmente no le había hecho ese Encargo, se lo había impuesto ella misma, la autora, Mónica Lavín, como mujer mexicana, y comprometida con Tamaulipas, donde se desarrollan los hechos que narra, envueltos en los velos de una novela.

Y también entendí, por qué no quedó en la foto. Porque Jenny Page, no estaba ahí, es una táctica de la novelista para aparecer en el terreno de los hechos, y poder narrar, “desde adentro” como un testigo ocular, como un actor en medio del relato. Buena técnica literaria; siento la mejor envidia de quienes son capaces de escribir así.

Desde las primeras páginas, me sentí atrapada y escribí al margen: “se lee muy bien, es difícil parar”, y tal vez viéndolo bien, si había entendido lo del Encargo, porque más adelante hice otra anotación: “me encanta la estrategia de la escritora de convertirse en narradora por encargo”, de una participante en el evento narrado.

Lo que sentí en seguida, y tal vez porque entre 2004 y 2005 estuve varias veces en Tamaulipas: Ciudad Victoria, Tampico, Monterrey, Matamoros (y Brownsville, del otro lado), representando a la Universidad de Alicante en el Programa de Doctorado en Enfermería y Cultura de los Cuidados; es que la novela es una historia de la vida de una mujer que vive en la frontera México – USA y experimenta en carne propia las similitudes y las diferencias entre estas dos culturas. Es evidente el significado del Río Grande, cruzarlo a comienzos del Siglo XX todavía era fácil, comparado con lo que ya era a mediados del mismo siglo. Para las personas mayores, que lo habían vivido, primero en su niñez, y ahora en sus años mayores era muy difícil la nueva situación; como dice uno de los personajes de la novela, “pero si ambos lados son lo mismo”. Antes se respiraba México en las calles de Laredo, dice la autora. Después ya no; por algo surgiría Nuevo Laredo del lado mexicano. Y hace visibles a todos esos personajes que siendo mexicanos o descendientes de mexicanos, se sentían “gringos”, o querían sentirse como tales, vivían en

el lado norte del Río Grande, y preferían no hablar español; y los otros, que viviendo en ese lado, tenían ascendencia mexicana, de la cual se sentían orgullosos y querían seguir manteniendo su cultura, y dentro de ella, el idioma.

Otro recurso literario interesante es que intercala su historia “creada” como Jenny Page, con el relato sobre Leonor Villegas, como centro de la historia de la Cruz Blanca Constitucionalista. Y además, hacerse aparecer en ella, como sobrina de otra actora real, Lily Long, de la que sí era en verdad sobrina, la propia Leonor. El hecho histórico, de que Lily Long era esposa de médico, George Long, facilitó las cosas. Y naturalmente, la circunstancia de que Leonor Villegas, era miembro de una familia acomodada, casada con Adolfo Magnón, un hombre presante, y ella, con formación como educadora, hacía que se constituyeran en un buen bastión, alrededor del cual pudieron hacer funcionar de manera efectiva esta organización.

Por otra parte, el hecho de Jenny Page haber entrado al grupo como enfermera, voluntaria como todas, le permitía vivir desde adentro la vida de la Cruz Blanca y el hecho de ser periodista, le daba ventajas para inmiscuirse en todo, en aras de poder escribir sobre diferentes temas, y luego convertirse en la narradora de todo ese proceso de participación de un grupo de mujeres y algunos hombres, procedentes de los dos lados, al mando de una enfermera, en el proceso revolucionario de las dos primeras décadas del siglo XX. Hasta el apellido es interesante, porque alude a su “destino” como escritora, los mexicanos la llaman Página. Pero además, la autora se documentó muy bien, porque con frecuencia expone conceptos que son realmente de la esencia de la enfermería.

Ramiro Sosa, el soldado federal, es decir “enemigo de la causa revolucionaria”, juega

un papel importantísimo en el relato, porque crea un puente muy fuerte, entre la Jenny, que decide apoyar a los rebeldes, y la otra, cuyo corazón tira hacia el otro lado. Esta relación sentimental es el eje del tejido novelístico, lo que mantiene el interés romántico del escrito, el lado más humano, el del corazón; que también plantea de manera velada entre Leonor y sus Jefes, Carranza y Ángeles. En síntesis, la escritora tiene una habilidad enorme para mantener el interés en la historia grande, a través de las pequeñas historias de sus personajes centrales.

Algo muy interesante es que no utiliza el tiempo lineal en su narración. En algunos capítulos escribe como Jenny Page, y relata en presente su participación en la Cruz Blanca Constitucionalista; en otros lo hace en pasado, cuando se refiere a ésta época, pero como un recuerdo, 40 años después; pero incluso, en ocasiones habla de la situación, colocándola en el futuro. Son los recursos que da la experiencia de ser una gran escritora.

Consiguió muy buenas fotos, y construye el contexto de las mismas, para colocarlas en el momento preciso; y da la sensación de que cada foto, apoya su relato, cuando fue al contrario, el texto fue construido para darle fundamento a la foto.

En esta novela, no he leído otras de ella, en Colombia no pude conseguir: “Yo, la peor”, sobre Sor Juana Inés de la Cruz, por la cual obtuvo el Premio Iberoamericano de Novela Elena Poniatowska 2000, y que en la Feria del Libro de Bogotá de abril de 2012, era presentada como una obra de la cual ya se habían vendido 30.000 ejemplares; Mónica Lavín se muestra no sólo como una gran escritora, sino como una verdadera historiadora, que recoge muchos materiales y testimonios, alrededor del tema histórico que pretende construir de manera novelada. El cuadro que presenta al fi-

nal como una Cronología, montada sobre los ejes de análisis: fecha, Leonor Villegas, año y Revolución/Carrancismo; refleja ese trabajo investigativo previo; que es propio de los grandes escritores, como la investigación que hiciera Gabriel García Márquez sobre conceptos de salud pública, para su novela El amor en los tiempos del cólera.

Hace varias alusiones a Jhon Reed, quien en 1911 vino a México como corresponsal de guerra, incluso acompañó a Pancho Villa en algunos de sus ataques y convivió con los soldados, y también conoció a Venustiano Carranza; haciendo similitud con el sueño de Jenny Page de ser corresponsal de la Cruz Blanca Constitucionalista para el periódico Laredo News.

Aun cuando todas son mencionadas en el relato, en la Cronología que presenta al final de la obra, incluye la lista de las mujeres vinculadas a la primera brigada de la CBC, que considero es necesario recordar: Leonor Villegas, Jovita Idar, Elvira Idar, María Alegría, Aracelly García, Rosa Chávez, Antonia S. de la Garza, Nieves y Refugio Garza Góngora.

Narra el momento en que si vincula a la CBC la joven “Adelita”; que no sabemos si sea la misma musa que inspiró una de las muchas canciones relacionadas con la revolución mexicana, pero que para los latinoamericanos es muy cercana, aquella que dice: “Si Adelita se fuera con otro, la seguiría por tierra y por mar, si por mar en un buque de guerra, si por tierra, en un tren militar...”

Ana Luisa Velandia Mora.